



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11387

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 21 DE AGOSTO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

31 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA. Caba los 15.

JOSÉ GOMEZ É HIJOS

PUERTAS DE MURCIA

Depósito exclusivo de la Rioja Alta

SOCIEDAD DE GOSSECHEROS

DE VINO DE HARO

PRECIOS DE LOS VINOS

Botella de vino tinto con casco á 1'10

Media idem de idem con idem á 0'75

Botella de vino blanco con idem á 1'25

Media idem de idem con idem á 0'85

Esta casa entrega 6'15 por cada casco

vacio que se devuelva.

¡POR FIN!

¿Será verdad que vamos á tener
luz y espacio y saneamiento?

¿Será cierto que se acerca el ins-
tante en que la atmósfera malsana
que envuelve á esta ciudad tan que-
rida será purificada?

¡Doce años persiguiendo la vida
y la salud, accechados por la traido-
ra calentura! ¡Doce años vividos
entre el desengaño y la esperanza,
ora sintiendo las alegrías del que
considera pasado el peligro, ora
lamentando la desilusión de ver
que se alarga el camino que con-
duce al bien!

Cuánto trabajo realizado en esa
eternidad, fructuoso alguno, in-
fructuoso el resto. Cuántos temo-
res; cuántas desdichas; cuántas
noches pasadas en vela junto al
lecho del hijo adorado, escuchan-
do su respiración fatigosa y su de-
lirio; luchando á brazo partido con

la muerte; multiplicando la incuria
que nos sume en dolores tan hon-
dos; pensando en un mañana feliz
que nunca llega porque le obstru-
ye el peso del mal, el malito in-
terés de bandería u otros intereses
de mas baja ralea.

Contando con los mejores ele-
mentos; sumando á cada instante
valiosas voluntades dispuestas á
sacar á este pueblo infeliz del cir-
culo en que lo tienen acorralado
sus desdichas; teniendo de nuestra
parte al Parlamento que nos ha
dado leyes de excepción para cu-
rar nuestros dolores, hemos visto
pasar un año y otro sin que la an-
siada curación viniera.

Por fin abrimos el pecho á la
esperanza. La sentimos germinar
en el momento mismo en que una
gran empresa ofreció hacerse car-
go de las obras que nos han de
abrir el camino que lleva á la
salud; pero allí estuvo también
la suspicacia y el interés político
encubriendo otra clase de intere-
ses, y si la esperanza en el sanea-
miento subsiste aun, no es porque
no hayan realizado los enemigos
per accidens de tan deseada mejora,
esfuerzos sobrehumanos para des-
truirla.

Por fortuna el trabajo de zapa
no ha dado los frutos esperados;
la opinión no se ha dejado influir
por el vulgarísimo y sandio argu-
mento de que la empresa que ofre-
ce realizar las obras, pretende ha-
cer con ellas un negocio y hablan-
do por boca de sus representantes
en el Municipio, ha dicho que quie-
re el saneamiento sobre todas las
cosas

El voto unanime dado por todos
los concejales, menos uno, en la
sesión del sábado al dictamen de
la comisión mixta, indica que es-
tamos en camino firme, despejado
y fácil, decididos á ir derechamen-
te en busca de la ansiada salud.
Tiempo era ya de que echáramos
francamente por él.

Lo que importa ahora es no de-
tenernos por nada ni por nadie;
bastante tiempo hemos vivido in-
ciertos acerca del camino á seguir
para llegar más pronto al fin pro-
puesto.

Cuentan que argumentando á
Castelar un correligionario al ver-
le tirar impavido la impedimenta
que le impedía obrar con desem-
barazo para afirmar el principio
de autoridad, cuando estuvo encar-
gado del poder, replicaba con el
siguiente argumento en el cual
ponía su palabra enérgica y su al-
ma entera:

—Patria, hay que hacer patria á
toda costa.

Plagiando las palabras del ho-
rado tribuno, debemos contestar á
los que al cabo de doce años se de-
tienen para ofrecernos formulas
empíricas que nada remedian ni cu-
ran nada.

—Saneamiento, hay que hacer el
saneamiento porque sin él va ha-
ciéndose imposible la vida

Al saneamiento vamos y lo úni-
co que sentiremos es que no sea
por el camino mas corto y en tren
expreso.

CHACARRA BUBÓNICA

QUINTILLAS EPIDÉMICAS

Ave pestis, morturi
te salutem.

La peste en Oporto anida,
y se teme que, extendida
en plazo próximo y corto,
nos arrebathe la vida.

¡Vaya un traguillo de Oporto!

Para evitar la infección
nos fumigarán, presumo.
Quizás en esta ocasión
se atufe nuestra nación
cuando la envuelvan en humo.

Las altas disposiciones
aplaudiva la multitud
que silbo en mil ocasiones.
¡Oh, poderosa virtud
del temor á los bubones!

Ha venido de Bombay
la horrible peste bubónica,
y con sencillez lacónica,
dato destituye á Ecay.
Eso es un dato ¡caray!

Fueron Jimeno y Pulido
la inspección á organizar,
y los dos han decidido
que bajo ningún sentido
dietas habrán de cobrar.

Remanando á esas pesetas,
con facilidad se advierte
que al meditar en su suerte
no quieren aceptar dietas
para estar así más fuertes.

Hay gente que de sensata
tiene fama general,
y, si de la peste trata,
mete enseguida la pata
de un modo fenomenal.

—Mientras tengamos coñac
que el interior nos caliente,
la peste no atacará.
—Usted trae la peste ya
—¿Qué la traigo...? De aguardiente.

—Con severidad austera
que al de Guerra no permitan
el pasar por la frontera.
—Pero, hombre ¿por qué se excitan
ustedes de esa manera?

—No queremos que circule
ese mal, ni se haga crónico
porque al ministro se adule.
Si viene de la Burbule
vendrá, sin duda, bubónico

Dice algún reaccionario,
promoviendo enorme oisco,
que cambiar es necesario,
por el cordón sanitario,
el cordón de San Francisco.

Los casos ¿cuál contarán
los portugueses? ¡Dios mío!

De fijo que nos dirán
que á los de Oporto les dan
mil contos d' escalofrío.

Do milagro aquí se vive:
de la razón en oprobio
á Mendoza se prescriba
cultivar pronto el microbio.
¡Pa' diez, que no lo cultive!

O Comercio, descarado,
afirma tranquilamente
que un sastré que ha reventado
en Oporto, no ha expirado
de la epidemia corriente.

Solo de un cólico fue,
pues el difunto, sin seso,
de manzanas con exceso
se atracó... Manzanas ¿eh?
¡Qué colega más... camuesol!

En fin, no hay por qué asustarse,
ni la situación es crítica.
¿Quién va en España á apastarse
después de tanta aguantarse
la peste de la política?

Por mi parte no me altero
en peligros como este.
Más miedo tengo al casero.
Use si que es una peste
que temo

Paco Tiliaro.

TOROS

Como estaba anunciado, ayer tarde se
verificó en la plaza de toros la corrida
con tanto afán esperada por los que ya
habían visto lidiar toros bravos á las
dos esperanzas del toreo que llevan
los nombres de guerra. Algabeno chico
y Gallito.

Yo no soy gran aficionado á la fiesta
nacional—confieso mi culpa y prometo
no enmendarme—pero ¿dónde va un
ciudadano español en día de corrida
que no se aburra?

Haciendo lo que Clemente,
fui dónde iba la gente

y me encontré de improviso en la plaza,
frente por frente del palco presidencial,
del que acababa de posesionarse el ins-
pector de pesas y medidas señor Font.

—¿A quién habrá que echarle aquí el
metro?—preguntó una barbiana á un
repatriado de Cuba.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 566

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 567

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 570

—¿Sois vos, señora? dijo con acento displicente.
—Sí, yo soy, contestó de una manera opaca, ar-
diente y seductora la princesa: abrid, señor; quitad
el maldito mueble que sin duda habeis pnesto delan-
te de la puerta.

—No quiero veros, no quiero oiros, dijo Felipe V:
me habeis hecho traición; y si no os he echado, es
porque no sé como lo tomaría mi abuelo, mi grande
abuelo, á quien teneis engañado.

—¡Ingrato! exclamó la princesa.
Y su voz parecía alterada por el llanto, aunque
ni una sola lágrima habia salido á sus ojos.

—Dejadme en paz, dijo Felipe V, con un acento
en que se comprendía que á través de la puerta y de
los pesados sillones que el rey habia apilado contra
ella, la princesa le habia herido en el corazón.

—¿Por qué ois, dijo la princesa, las calumnias de
los que os aborrecen contra la que os ama con toda
su alma y mas que su vida? ¿No me amais ya? ¿Por
qué me abandonais?

El rey se aturdió, tembló, fué envuelto por una
fascinación invencible.

Probó sin embargo á sostenerse.

—Tengo mucho, mucho, muchísimo de que acusa-
ros, Ana María.

—¡Ah! ¡bien, señor, bien! dijo la princesa; ¡no

queréis oirme, me rechazais, me desgarrais el alma,
cuando yo os traía entero el tesoro de mi amor!
Adios. Mañana ya no estaré en palacio. Adios, señor
adios: no os olvidéis de mí, para compadecerme á lo
meaos.

Y se retiró triunfante.

Estaba segura de que el rey no tardaría en apare-
cer en su cuarto.

IX

Sentóse en él, en un sillón, junto á la mesa coloca-
da en el centro, y frente á la puerta secreta.

No pasaron diez minutos antes de que se abriese
esta y apareció el rey vestido á la ligera, puesto que
traía pantuflas, y en vez de casaca y chupa, venía
envuelto en un capotillo de seda con mangas.

Al adelantar el rey, la princesa se levantó y arro-
jó de sí el manto que la envolvía.

El rey retrocedió fascinado.

—¡Ah! exclamó juntando las manos: ¡angel ó de-
monio, seas lo que quieras, yo te adoro!

—Si, si, dijo con una voz ardiente y entrecortada
la princesa; angel para tí, Felipe; angel enamorado
y loco: no puedo, no puedo mas; perderte yo! no
amado mio, no; fuera temerosa, afuera consideracio-

—¡Ah! exclamó don Felipe: ¡tú esposa de ese
aventurero buscador de coronas!

—Que si yo fuera su esposa, Felipe, seria reina.
¿Sabes lo que predijo á mi madre un astrólogo
cuando estaba en cinta de mí? «Alegraos, señora,
porque llevais en vuestro seno á una reina».

—Si, á la reina de mi alma, dijo Felipe V, que mi-
raba de una manera hambrienta los encantos de la
princesa.

—Reina de tu alma en buen hora; pero en medio
de un profundo misterio: el amor nos arrastra el
uno hácia el otro; pero seamos prudentes: la reina
no debe apercibirse de que yo soy para tí otra cosa
que tu consejera, tu guia. Oye, Felipe: no volverás
á verme como me ves sino cuando no haya mas tes-
tigos de nuestra felicidad que la noche y el silencio:
por tí y para tí solo me sentenciaré al tormento del
tocador por agradarte mas.

—¡Ah! tú eres siempre para mí, hermosa, encan-
tadora.

—No tanto, no tanto como la marquesa de Nues-
tra Señora de las Nieves ó doña Esperanza Enriquez
de Cabrera, ó doña Esperanza de Austria.

—Una palabra, Ana María: ¿quieras que me seas
leal botinigo. ¿La hija tuya D.ª Esperanza de Ayala?

—Si, hija la princesa le dijo los ojos...